

Colaboración de LA VANGUARDIA

DANZA ANCESTRAL

EN plena tierra gerundense donde la llanura separa las estribaciones del Pirineo y el mar ideal de la Costa Brava, en el pueblo castizo de Caldas de Malavella, se celebra cada año una jubilosa competición de sardanistas.

Llegan allí de todos los extremos de la región que conservan el baile ancestral de la sardana. Ataviados con el traje regional acuden a la plaza, donde una «cobla» de músicos especializados ejecuta las composiciones más selectas entre la prolífica producción de la danza catalana.

Con la unción de un acto religioso bailan los grupos competidores ante el Jurado, el cual otorgará el premio al que interprete mejor las notas de la música. El público heterogéneo sigue con la misma seriedad que los bailarines ese baile singular, sobrio, ágil y severamente honesto en el que derrochan arte e ilusión los bailarines, los cuales rinden culto al alma regional en esta expansión popular de la que dijo el poeta Maragall que «és la dança sensera d'un poble qu'estima y avança donantse les mans».

En una tarde otoñal placida y luminosa, era un espectáculo atrayente que tenía por marco, tras la vieja plaza, el paisaje gayo de un campo verdoso en el que la fronda hace al aire sutil, que da bienestar al cuerpo y serena paz al espíritu: era el ambiente de intensa alegría, que desbordó fogoso cuando desfilaron los grupos de bailarines arbolando cada uno el guiñón de su emblema, que eran flores y elementos de la tierra; bailaron a la perfección entre aplausos apasionados, que fueron unánimes al otorgarse el galardón.

Un motivo sentimental se produjo en el curso de la fiesta: en un lugar recoleto la presenciaba en pie un hombre de edad, atento con emoción a los bailes ejecutados, y al advertirlo un espectador generoso le ofreció su asiento al tiempo que se preludiaba una sardana popular. «Esa sardana es mía», le dijo dándole su nombre, —Bou—, que es, con Julio Garreta y Pep Ventura, uno de los más afamados; y de esta suerte el compositor humilde fué reconocido y festejado por la concurrencia.

Otorgado el premio y bailada la sardana de «germanor», salieron los concursantes entre aplausos sentidos de aquel público abigarrado que en una plaza pueblerina daba expansión serena a hondos y nobles sentires de su tierra.

Sin duda alguna tiene la sardana solar más legítimo en tierras del Ampurdán, donde seguramente se hallaría su raigambre más remota. Se entrelaza su origen por los eruditos a los tiempos primitivos de la Historia española en que las gentes helénicas arribaron a las playas nortenas de Cataluña fundando colonias en la bahía de Rosas.

No faltan indicios que avalen esa opinión: Homero habla ya de grupos que bailaban en el Peloponeso cogiéndose las manos, y en las ánforas y otras cerámicas halladas en las excavaciones de Ampurias se advierte el mismo motivo ornamental.

Es lo cierto que en las tierras ubérrimas del Ampurdán se ha bailado desde la antigüedad más remota la danza típica catalana con una pureza y un entusiasmo nunca interrumpidos ni minorados: la vista del mar da grandeza a ese arcaico baile, que es expresión, más que de democracia, de hermandad porque a nadie se excluye de participar en el corro de bailarines, sin pasar cuenta a su edad o a su condición, pues sólo se precisa cortar la cadena de los que bailan y estrechar la mano de los contiguos, y así vibran en idéntico sentir al ritmo de la música sentimental de la sardana cuantos alientan sencillos ideales a impulso de la música regional.

Una nota divergente afecta hoy a este cuadro localista: las sardanas en la costa bravía de Cataluña no tienen el ambiente idóneo que tuvieron a través de siglos de tradición; las costumbres materialistas importadas allí, ni más ni menos que en el resto del país, forjan un ambiente que pugna con la espiritualidad del baile regional.

Es de desear que la fuerte corriente secular de la vida en este confin de España supere ese contraste, porque la tradición es para los pueblos la poesía de la Historia y la ilusión más ingenua de sus moradores.

Eusebio DIAZ

LAJEUNESSE

Ernesto Lajeunesse, el famoso crítico literario de «Le Journal», pontificaba todas las noches, de diez a doce, en un bar de los grandes bulevares adonde me llevó una vez Rubén Darío.

—¿Qué hay de Moreas? —le preguntó Rubén, quien sabía que el gran poeta estaba gravemente enfermo.

—Se morirá esta madrugada sin falta —le contestó Lajeunesse—, yo le he hecho ya la necrología. ¿Quiéren ustedes que se la lea?

Nos la leyó tres veces con su voz de loro y nos la hubiese leído tres o cuatro más si yo no agarro a Darío del brazo y me lo llevo afuera poco menos que arrastrándolo.

—¿Qué francés tan petulante! —le dije yo a Darío una vez en la calle refiriéndome a Lajeunesse—. Ha dicho que le hizo la necrología a Moreas como hubiera podido decir que le había administrado la extremaunción. ¿Cree usted que, en efecto, Moreas se morirá esta madrugada?

Y Darío hizo un gesto así como significando:

—¡Qué remedio le queda! No va a dejar colgado con su necrología a un crítico tan importante como Lajeunesse.

Pero Moreas, aunque estaba en realidad muy grave, no se murió aquella madrugada ni tampoco a la madrugada siguiente. Sacando fuerzas de flaqueza aguantó aún seis o siete días y yo creo que lo hizo únicamente para que Lajeunesse no se saliese con la suya.

Moreas, que era griego de nacimiento, no se llamaba Moreas, sino Papanastasiou, pero, en cuanto pisó los bulevares, se dió cuenta de que con un apellido como aquel no se podía ir a ninguna parte en París. De ahí el que lo suprimiera adoptando en su lugar el pseudónimo de Juan Moreas. Era un gran poeta francés, pero había nacido en Grecia, de padres griegos, así como José María de Heredia, otro gran poeta francés de la misma época, había nacido en Cuba, de padres españoles. Francia estaba entonces en su apogeo y absorbía a los hombres de todas partes.

Moreas llegó a París en las postrimerías de Verlaine, a quien acabó por substituir en los cafés del Barrio Latino y, especialmente, en el Yachette. Había allí un camarero que, al contacto con la pena de los simbolistas, se había hecho simbolista a su vez y para demostrar su filiación literaria le servía siempre a Moreas el café con este distico:

A monsieur Moreas
J'apporte un café tasse.

Moreas le decía:

—¡Bravo! ¡Muy bien! Ese es el camino. Ponme el café en la cuenta...

Y así se iban pasando los meses y los años.

Rubén Darío tenía una profunda admiración por Moreas, pero, probablemente, era mejor que él. También admiraba mucho a Lajeunesse, y es que de su trópico natal le quedaba sin duda todavía una gran afición a los loros.

Por mi parte, yo, que acababa de llegar a París, veía de una manera muy confusa todo lo que había a mi alrededor, y aquel bar de los grandes bulevares donde Ernesto Lajeunesse exhibía sus abalorios y su psitacosis empujándose en cantarles respuestas funerarias a un hombre todavía vivo me produjo una impresión verdaderamente macabra.

Julio CAMBA

PERIODOS DE SEQUEDAD

EN ningún oficio, supongo yo, como en el de escribir deben de ser tan dolorosos y alarmantes los periodos de sequedad. Todo hombre, a lo largo de su existencia, experimenta una serie de altibajos. Junto a los días claros y fecundos, los días auténticamente negros, esos días en los que parece que se han agotado nuestras energías corporales y nuestras reservas intelectuales. ¿Habremos perdido la memoria? ¿Se nos habrá cegado la fuente de la inspiración? He aquí una palabra, con su correspondiente contenido —la inspiración—, que tras haber sido desprestigiada vuelve a ocupar un lugar preeminente en el mundo de las ideas. ¿Cabe, acaso, el florecimiento de un trabajo intelectual sin una cierta dosis de inspiración, es decir, de gracia, de chispa creadora? En los oficios manuales, en los trabajos mecánicos, la inspiración tiene menos importancia, aunque alguna tenga. Pero en la aventura de escribir, ¿cómo vamos a prescindir de la inspiración? Uno necesita ver claro, uno necesita sentirse impulsado por un algo que es al mismo tiempo luz y viento, hoguera y manantial. Y no pocas veces se apaga la luz, se para el viento, se amortigua la hoguera, se seca el manantial. En seguida advertimos que nos encontramos en un bache, del que quizá salgamos pronto o del que tardaremos en salir unos cuantos días. ¿Qué escritor no ha sufrido en reiteradas ocasiones estos periodos de desolación? ¿Enfermedades del espíritu? ¿Cómo añoramos en esos instantes el tiempo pasado, cuando teníamos ágil la mente y firme el pulso! ¡Y de qué manera envidiamos a los trabajadores materiales los que operan con cosas tangibles, con volúmenes concretos, con masas que pesan y que ocupan un lugar en el espacio!

Al hallarnos en esta situación de indigencia mental llegamos a creer que esto ya va a durar para siempre, que nos hemos hundido en un pozo sin posibilidad de salvación. Acudiremos a la lectura para ver si la lectura nos fecunda, nos inquieta, nos zarandea. Pero no sabemos en qué libro ahorcarnos. Cogemos un volumen, lo hojeamos, tomamos otro y repasamos su índice. Mas no logramos encontrar nada que nos sujete, que nos distraiga, que nos llame la atención. Lo mismo —«mutatis mutandi»— nos sucederá con la música, con el paseo, con la conversación. ¿No hay motivo para que nos asustemos? ¿Habrá llegado la hora de nuestra forzosa jubilación? Intentamos escribir a mano si nuestra forma de escribir habitual es a máquina, o a máquina si nuestro modo ordinario de escribir es a mano. Se nos resisten no sólo las frases, sino las palabras. Tardamos en escribir un renglón tres o cuatro minutos. Y al fin, después de una lucha a brazo partido, nos declaramos derrotados. No podemos pensar, no podemos leer, no podemos escribir. Y buscamos a algún compañero que pueda encontrarse en la misma situación lamentable que nosotros para declararle nuestra sequedad. También el colega agradecerá saber que otro hombre padece lo que él padece.

¿Qué hacer en estos ciclos de parálisis mental? Esperar, tener paciencia, aguantarnos. Y pensar que todo esto pasará como pasan las nubes. En efecto, al cabo de unas horas o de unos días comenzarán a abrirse las claraboyas y las ventanas de nuestra mente y de nuestro corazón como se abre, cada día, la puerta del amanecer. Ya somos otros, ya somos claro otra vez, ya vuelven a florecer en nosotros las ideas y las imágenes. ¡Periodos de desolación! Los padecemos los santos. Los padecemos los vulgares y pequeños escritores, que no debemos olvidarnos de aquella orden de San Ignacio: «En tiempo de desolación no hacer mudanza».

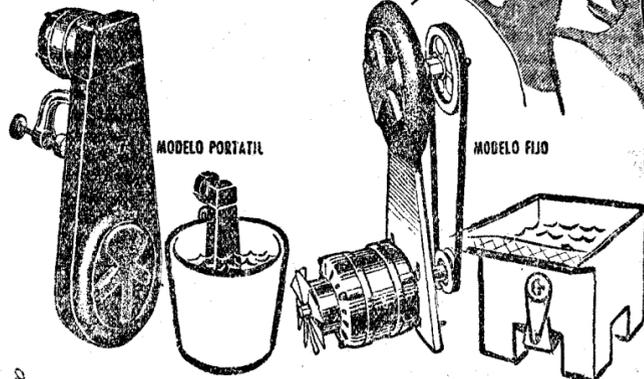
Francisco Javier MARTIN ABRIL

Todos desean la mejor
y todos pueden alcanzarla

LAVADORA

ATLEGGRO

PATENTADA



colocación al momento, duración indefinida
no tiene nada metálico en contacto con el agua

GARANTÍA Y DEMOSTRACIONES - VENTAS MAYOR Y DETALL - FABRICACION PROPIA

FRANCOS-COSTA, S.L.
PASEO COLÓN 16 - TELS. 22 43 73 - 21 67 12 - BARCELONA

ASUMBROSO...
Tintakit
quita
al instante
LAS MANCHAS
de TINTA
VINO
FRUTA
en papel o ropa

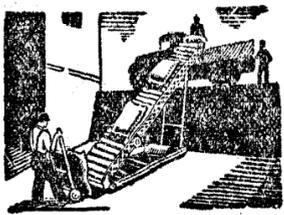
REMOCE SU GABARDINA
Perlovin
EL IMPERMEABILIZANTE CASERO
VENTA EN DROGUERIAS
UN PRODUCTO TRIQUI

HOSTAL del SOL

«RESTAURANTE TIPICO»

Mallorca, 259 (Paseo de Gracia) - Telf. 27-80-64

DELEITENSE COMIENDO EN EL MEJOR AMBIENTE TIPICO, GRAN SERVICIO Y LA MEJOR CARTA AL MEJOR PRECIO



REDUZCA COSTES
mecanizando los movimientos de materiales

Polipastos eléctricos, Cabrestantes, Elevadores, Transportadores fijos y portátiles, Monorraíles, Montacargas, Grúas telescópicas y para obras, etc.
CONSTRUCCIONES HIDRAULICAS E INDUSTRIALES

B. THOMAS SALA

AVDA GENERALISIMO FRANCO, 329 Teléf. 28-99-80 BARCELONA

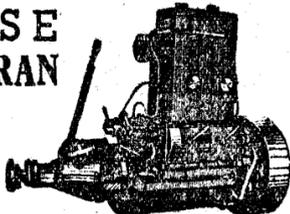
MOTORES MARINOS E INDUSTRIALES LARRAN

DIESEL 10 - 20 - 30 y 40 HP

DISTRIBUIDOR EXCLUSIVO:

A. ANDREU TORRENS

PLAZA TETUAN, 29 - BARCELONA
TELÉFONO 25-62-71



LA PREVISION MALLORQUINA, S. A.

COMPANIA DE SEGUROS DE ENTIERRO

AVENIDA JOSE ANTONIO, 608 TELEFONO 21-68-85
BARCELONA

Comunica a sus asegurados y socios de Igualatorio funerario «LA PREVISORA MALLORQUINA» (fundado en Barcelona en el año 1941), en evitación de confusionismos, que nada tiene que ver, ni ninguna relación la une, con otra entidad, recientemente creada en esta plaza, de razón social similar e idéntica actividad, al citado Igualatorio, así como que el domicilio social de éste y el de la Compañía de Seguros «LA PREVISION MALLORQUINA, S. A.», continúa en Avenida José Antonio, 608, 4.º C. a disposición, como hasta la fecha, de cuantos han depositado su confianza en ellas, dado su bien cimentado prestigio y antigüedad.

Asimismo, y de conformidad con las disposiciones vigentes sobre Seguros continuará siendo reemplazados los títulos de igualados a «LA PREVISORA MALLORQUINA», de nuestra propiedad, por las correspondientes pólizas de asegurados en la actual Compañía Anónima «LA PREVISION MALLORQUINA, S. A.», manteniéndose la antigüedad de los mismos.

Barcelona, 1.º de octubre de 1956

AUTOCARES MOLIST

CABALLERO 89 - TELF. 301041-3014 22

DIBUJO Y PINTURA

Colorido. Composición. Paisaje. Ingreso en Bellas Artes y Arquitectura

Dirección: GALLEGU MARQUINA. Avda. Catedral, 3, 4.º Teléf. 22-91-79

E. L. B. A.

Bellas Artes

(Estudio Libre de

DIENTES SANOS...!

con dentífrico
L A S T E M

OFRECESE EMPRESA COMERCIAL

Madrid para representar firma importante. Disponiendo de oficinas céntricas, almacenes. Gran solvencia, seriedad y experiencia comercial. Fianzas y toda clase de garantías económicas. Escribir a Ruescas Publicidad, n.º 473, José Antonio, 55 - MADRID